

II.

Derechamente, sin asomos de titubeos ni de vacilaciones, como golondrina que reintegra el polvoriento alero donde quedó su nido desierto y resistiendo escarchas y lluvias, así Santa enderezó sus pasos fugitivos á la casa de Elvira; sin ocurrirle que le sobraban refugios más seguros y más honestos, sobre todo; sin rememorar sus proyectos bordados hacia algunos meses, cuando la muerte de su madre habiale estrujado el espíritu y prometídole, con el abandono del vicio, una resurrección de alma y de cuerpo. Nada de eso.

Perseguida por el terrible mirar de "El Jarameño", aquel mirar preñado de homicidio que la hizo suponerse en su última hora, huyó de "La Guipuzcoana", humillada, trémula, gacha la hermosa cabeza, en los suelos los ojos, el acobardado corazón latiéndole sin ritmo: ora á gran priesa, cual si le urgiese salir de la cárcel; ora muy despacio, cual si en su pánico tratase de esconderse en ignoradas entrañas recónditas... Bien que advirtió en corredor y ventanas la presencia de la patrona y de los huéspedes, pero airados todos, todos inmóviles, todos agresivos; echándole en cara, con sus actitudes, que sabían

su porquería y á una se la reprobaban. Por no tropezar recogióse la falda, y no creyéndose en cobro ni en el zaguán de "La Guipuzcoana", salió á la acera, unos cuantos pasos, para no llamar la atención del diluvio de paseantes, con su cabeza al aire, vestida de casa y sin abrigo. Por dicha, obscurecía, y siendo domingo diversas tiendas no iluminaban sus aparadores, con lo que las calles céntricas lucían sus buenos trechos de penumbra que aquí y allí se desperzaba en piedras y adoquines ó se entraba en algún portal abierto ó en algún edificio alto colgábase desde la cornisa de su techo, se prendía en los barandales de sus balcones, se bifurcaba en las aristas salientes de sus rótulos mercantiles á modo de vieja cortina de tul olvidada, de las que se sacan en las fiestas y á la intemperie se deshilachan y, balanceándose, á girones se caen. En uno de estos trechos de penumbra guarecióse Santa, hasta que un coche, de vacío, la izó á su bordo y la condujo al prostíbulo conocidísimo:

—Súbase, mi patrona!—le dijo el cochero mientras encendía los faroles y Santa le indicaba la dirección—ya sé dónde, á la casa de Elvira.

¡Cosa más rara!... Ahora, á solas dentro del coche y cruzando las calles de Plateros y San Francisco, con las peluquerías y los cafés de par en par abiertos y de arriba abajo alumbrados y concurridos; ahora que su simón, incrustado lo mismo que una escama sucia entre las escamas flamantes de los cientos y cientos de lujosos trenes señoriles, caminaba poco á poco, formando parte de ese inmenso, articulado y luminoso reptil undívago; ahora que, amasada con la mul-

titud, encontrábase más aislada sin embargo, ahora Santa se arrepentía de haber engañado á "El Jarameño". ¿Por qué engañarlo si él queríala tanto? ¿por qué renunciar al proyectado viaje á España, el viaje que habría de haberse llevado á cabo ni más ni menos que un viaje de novios?... Luego ¿con quién lo había engañado? ¿por qué el inventor, que nunca le hizo la rueda, y nó Abascal que le bebía los alientos?... Y la infinita tristeza, agorera de las enfermedades incurables; la que sin fundamento aparente predice la muerte cuando nadie aún alcanza á divisarla, acometió á Santa sólo un instante, mas un instante intensivo que la forzó á reconocerse con llagas-hediondas en su interior, al estilo de esos frutos que invisiblemente se pudren y agusanan en el corazón, y con gusanos y podredumbre los compran, los muerden y los alaban, á reserva de arrojarlos á los basureros en cuanto el daño asoma... ¿Por qué tan pronto estar tan pervertida, si ayer, sí, ayer no más, todavía era buena?... No ahondó; ni sabía ni quería ahondar, se resignaba pasivamente á lo que es, con la pasiva resignación que por igual invade á sabios é ignorantes, humildes ó poderosos, frente á los designios insondables y las fuerzas secretas que, como á hojas secas, nos arrastran y desmenuzan á todos por los traicioneros caminos de la vida... Descubría su mal, lo palpaba y plegábase á las consecuencias, á las resultas fatales. Alegrábala, por lo pronto, con alegrías físicas que máquinalmente compellanla á tentar y acariciarse su propia persona recién escapada del aniquilamiento, el haber salvado de las iras de "El Jarameño", y, á su

vez, también atribuía la inesperada fortuna á milagro patente. Si la navaja no se hubiese enterrado en las maderas de la cómoda?... pues se habría enterrado en sus carnes de ella, en las turgencias de su seno de seda y mármol donde los hombres libaban delirantes el deleite que manaba de sus pecíolos sonrosados; ó en otro punto cualquiera de sus formas triunfales, en cualquiera curva, en cualquier hoyuelo de los mil y mil que constelaban su piel trigueña y mórbida, como escondrijos de amorcillos, como lugares de descanso para los labios enloquecidos que, de recorrer los urentes desiertos de su cuerpo joven, besando y besando, sentenciados á siempre besar tanta belleza y tentación tanta, habían menester de reposos instantáneos para seguir la dulce tarea de acabar de besarla íntegra, toda, toda! ¡Qué suerte la suya de haber escapado!... pero y si "El Jarameño" al verla de nuevo, de nuevo intentara matarla?... Nó, no la mataría ya! esas cosas no se intentan dos ocasiones y si en la primera no se mata, se concluyó, hasta con regocijo de ambas partes por añadidura... Deshecha la mancebía y roto el vínculo que los unía, menos se arriesgaría el torero á perderse por ella...

Y distraidamente, púsose la chica á considerar despacio los cristales de las peluquerías que albergaban máscaras y caretas, pelucas y barbas, postizos y disfraces, por ser primer domingo de carnaval.

No son para descritos los extremos de Eufrosia cuando, al abrir la puerta, topó con Santa.

La alzó en vilo, la abrazó, acariciábale mejillas, cintura y ropa. ¡Qué gusto que volviera el orgullo y la alegría de la casa! ¡Menuda que resultaría la sorpresa de doña Pepa, de doña Elvira y de las muchachas; sobre que ni quien la aguardara!

—Lo que es don Hipólito el músico, de esta hecha recobra la vista!... vaya, vaya!... ¡Doña Pepa! ¡doña Pepa!!—gritó desde abajo por no retardar la buena nueva,—¡albricias, doña Pepa, que ya pareció lo perdido, ya está aquí Santita otra vez!... Están cenando,—explicó á Santa.

Verdadero alboroto hubo en el comedor: sillas derribadas en el piso, vertimiento de salsas en el mantel, abrazos y besuqueos á la que regresaba, curiosidades en saludos y miradas, renovación de envidias, sinceros júbilos.

—¿Pero qué te ha pasado, mujer?—preguntó-le Pepa al disminuir el tumulto—¿ya cenaste?

Antes que respuesta ninguna, los nervios de Santa reaccionaron distendiéndose; las encontradas emociones de la tarde trágica despertaron de su pasajero letargo; algo de alegría por el recibimiento y por saberse salva, y más de amargura por sentirse desahuciada, supuesto que en aquel medio infecto á ella se le desvanecían temores y penas, todo esto reunido le truncó el discurso, ahogóle la voz y no le salieron palabras, sino lágrimas, sentada al lado de Pepa que jugaba con los ricillos de su nuca, en la cabecera de la mesa ruidosa.

—¿Y eso?—reiteró Pepa, sin dejar de jugar con su cabello,—¡borrica! no llores, que él te buscará, y si no te busca ¡pata! que sobran pan-

talones en el mundo ¡boba! y escasean hembras guapas como tú. ¿Por qué regañasteis?...

—De milagro no me ha matado hoy, Pepa!—pronunció Santa al fin, incorporándose en el asiento,—y tengo miedo de que me mate.

—¿Pues qué le hiciste tú?—inquirió Pepa friamente, recortando con los dientes la perilla de su tagarnina de ordenanza.

Grande debió ser la responsabilidad que Santa se achacaba, puesto que ni ahí osó confesarla, *ahí*, donde quizás obtendría indultos, indulgencias y perdones. Limitóse á contestar, de cara al mantel para mejor disimular su mentira:

—¿Yo?... nada! Fueron celos, los malditos celos de todos los hombres que se meten con nosotras!...

Pepa, incrédula y experta en achaques de infidelidades, no insistió; diseñó en la atmósfera un elocuente ademán con su cerillo encendido, un ademán amplio é indeterminante que parecía querer alumbrar con la débil flama del fósforo una enorme porción de engaños, ingratitudes y olvidos que trucidan á los amores. Así sería, según Santa lo afirmaba; y dió fuego á su puro, con lentitudes de fumador consumado que apreciaba el tabaco y de filósofo que desprecia las irremediables flaquezas humanas.

Las demás mujeres tampoco tragarón el embuste de Santa. ¿Celos?... verdad que los celos en ocasiones son infundados; pero las más, y con ellas muy especialmente, con ellas que convierten en hábito el engaño, en incentivo la infidelidad y en necesidad el olvido, para continuar vegetando con su existir mísero, con ellas los

celos son casi siempre fundados. De consiguiente, si el torero había pretendido matar á Santa sus razones tendría para ello; y unas excusaban la felonía; otras censurábanla azuzadas por la envidia ¿qué más podía apetecer Santa que el haber vivido tranquilamente junto á un hombre con amor y con dinero? ¡presuntuosa!...

Santa echó de menos á la "Gaditana" ¿qué había sido de ella? Le contaron su *compromiso*, con un empleado de aduanas, quien con su conquista cargó al quinto infierno, Nogales ó Tapachula, lejísimos, en un remoto rincón de México, en una de sus fronteras, á una infinidad de días de viaje...

—Y tú,—le dijeron dos ó tres compañeras,—ya perdiste tu cuarto, ¿verdá, Pepa?... ahora vas á vivir abajo, después de la sala chica.

Asintió Pepa sin prestar importancia á lo del cambio de habitación. Más importábale que Santa cenara:

—Toma cualquier cosa, unos sorbos de caldo para que te se borren las ojeras... ¿piensas ir al baile?...

Amotináronse todas, alborozadas por llevarla; la una iba con Fulánez, con Zutánez la otra; aquéllas, solas; disfrazadas éstas. ¿Que carecía de ropa?... magnífico! un dominó zanjaba la dificultad. Y ni que temer á "El Jarameño", pues suponiendo que también él asistiese y asistiese por buscarla, con no quitarse el antifaz y con escurrirse á buena hora, lo chasquearía.

—Si quieres, no hagas "sala" esta noche,—terció Pepa,—te la dispenso sin cobrarte nada; recuéstate un rato, á obscuras; duerme si pue-

des, para rehacerte, y á la hora á que estas chifladas se marchen tú dirás si te marchas con ellas... Ah! ¿quieres que te salude el pobre de Hipo?... va á ponerse hecho un loco en cuanto te sepa aquí otra vez.

Santa respondía que sí á todo, á las que se preparaban á ir al baile, á lo que le aconsejaba Pepa; si, si, tomaría el caldo, adoptaría el dominó y el antifaz, saludaría á Hipólito... ¡de veras, pobre!...

Desde su cuarto cerrado, advertía distintamente los ruidos del salón que tan familiares éranle; hasta reconoció la voz de algunos parroquianos antiguos, los infaltables, los que de la ingrata categoría de simples clientes que pagan, despachan y se despiden, han pasado á la categoría de amigos y se enteran de la salud de cada una de las dalfas, á las que no denominan por sus nombres de pelea, sino por los de pila, y se interiorizan de chismes y enredos; los admitidos en el departamento de Elvira con la que solían jugar una brisca de interés módico y trincar un anicetillo gratuito. Dentro de la quietud relativa de su estancia, sentíase Santa con un apaciguamiento total que le recorría íntegro el organismo y aun consigo misma la reconciliaba: nadie resultábale perverso, ni ella; en el fondo, no amaba al torero, pero tampoco odiábalo, antes continuaba profesándole acendrada simpatía sin perder la esperanza de que habrían de contentarse diciéndole ella éso, demostrándole que no pulsaba inconveniente en que de amigos siguieran, perteneciéndose cada y cuando que sus respectivos cuerpos lo apeteciesen. Santa,

por engañarlo, no se reputaba más culpable; las gradaciones que establecía para considerar las complicaciones sentimentales ajenas y propias, alcanzaban niveles muy ínfimos; la "fuerza cósmica de elemento que la hembra lleva en sí, fuerza ciega de destrucción invencible, como la de la naturaleza, ya que la mujer es por sí sola la naturaleza toda, es la matriz de la vida, y por ello, la matriz de la muerte, puesto que de la muerte la vida renace, perpétuamente", esta fuerza y los extravíos de su criterio envilecido no sólo absolvíanla por el daño recién causado, sino por los que perpetraría en lo futuro; quizá más benignos, quizá más formidables, pero muchos, muchos, con su carne de lujuria y su alma enferma... Lo único que ambicionaba: su pureza, su honra, su conciencia tranquila é inmaculada de virgen crédula y confiadísima que ignora el pecado y sin compasiones la inmolan porque ama, habíalo perdido, perdido para siempre... ¿eran lejanías? nó, porque no le quedaban ni lejos ni cerca, quedaban más allá... allá... en un punto que ni el lenguaje sabe precisar; en el misterioso punto invisible donde, por ejemplo, queda la muerte... eso era, éso, donde la muerte, de que acababa de escapar pero cuya calavera contempló á la distancia de un cabello; la muerte que con nosotros llevamos sin llevarla; la muerte que por doquiera nos acompaña sin que lo advirtamos; la muerte que no queda lejos porque puede hallarse cerca y que no queda cerca porque puede hallarse lejos; eso era, donde la muerte nos acecha, más allá... allá! Y en ese misterioso punto invisible yacía lo que Santa ambicionaba.

De consiguiente, operábase en su espíritu lo que en su cuerpo: uno y otro abandonábalos á lo que suponía erróneamente fuerzas superiores; y de regreso al antro, respiraba á sus anchas, arrebujábase con su misma ignominia, cual se arrebujaría con cachemiras y rasos; no intentaba la salud, continuaría mala!

Para su gobierno acordaba, ya que no podía rechazar la maldad, utilizarla y agredir con ella, á tontas y á locas, como actúan todos los poderes que no es dable encauzar, el río de su pueblo,—ponía por caso,—que cuando manso bendecíanlo y cuando enfurecido, en su avenida, desgajaba troncos y ahogaba ganado y arruinaba sementeras y acobardaba los ánimos sin importarle un ardite que lo maldijesen ó lo amenazasen con los puños cerrados, ni que de ablandarlo trataran con llantos de verdad y ruegos como de persona... El río ¿qué?... persistía con idéntica indiferencia en su benéfico curso ó en su curso asolador. Ella, Santa, obraría por modo análogo: con sus caricias calmaría á los sedientos de su cuerpo, á todos los que lo codiciaran,—pues para todos había,—y si de repente, en el curso de su vivir destruía y engañaba, ó matarla ó dejarla, sin términos medios! Convencida, sin solución de continuidad en sus ideas, de su perversión; desvanecida de haberse asomado á aquella cima sin fondo, de su sér moral, contrajo el rostro, en las sombras del cuarto, y se irguió en el lecho apoyando entrambas manos en las almohadas. No tenía culpa! No se declararía culpable nunca! Que escudriñasen su juventud, su infancia; que cavaran en su corazón y no se alar-

masen de los escombros que en él hacinábanse: castillos de candores, alcázares de ilusión, palacio de esperanzas venido abajo con dolores y sin ruidos, según se realizan los inconfesados derrumbamientos internos... ¡A que no cavaban! ¡a que se conformaban con besarle y aplastarle sus senos erectos y macizos, sin curarse de que debajo de ellos latiera su corazón desconsolado ó satisfecho!... Y pues pedíanle sólo el cuerpo, sólo cuerpo les daría, hasta que se saciaran ó también se lo enfermasen, cual regularmente acaecería; cual acaeció con varias de sus predecesoras, cual tendría que acaecer con las que la sucediesen en el oficio infame... ¿Corazón?... qué niñada! con que ya su dueña casi no se acordaba de él y había de echarse en su busca y de consagrárselo á "El Jarameño"... Bastaba con lo hecho; mientras quiso al torero,—porque habíalo querido, sin duda ninguna,—mientras lo quiso, mantúvose fiel, pero esa tarde se le antojó el inventor y se dió al inventor ¿y qué? ¿por eso matarla?... y la alegría física de saberse á salvo, de nuevo la ganaba; de nuevo se acarició su cuerpo, máquinalmente, cual si las manos, más torpes que el cerebro convencido ya, necesitaran cerciorarse á su turno de que el cuerpo se hallaba completo y hermoso, recorriéndolo poco á poco por su cuenta, con terquedad de animales inteligentes que avaloran los sucesos...

Adivinó Santa que en aquel instante notificaban á Hipólito que ella había vuelto, porque el piano enmudeció de súbito, rompiendo una harmonía, y se oyeron en el patio los taconazos precipitados del ciego, el incesante golpear de su

cipión contra muros y baldosas, el aviso en voz baja al lazarillo adormecido en su rincón del zaguán:

—Genaro! Genaro! despabilate; ya está aquí Santita, ahora sí que es cierto, me lo ha dicho Pepa...

—Adelante, Hipo!—gritó Santa desde la cama, no bien el músico llamó á la puerta.

Y á pesar de las tinieblas de la estancia,—mucho menos densas y absolutas que las de sus horribles ojos blanquizcos de estatua de bronce sin pátina,—el ciego avanzó tanteando el terreno con su cayado, y al hallarse junto á la cama, al sentir á Santa, soltó el palo y bajó sus dos manos con pausado ademán episcopal, hasta que no toparon con un hombro de la muchacha; allí las detuvo, sin oprimir, en leve caricia á par idólatra é inocente; echóse luego á temblar, y por bienvenida única exclamó:

—Santita!... Santita!... ¿pero es posible que tan pronto se haya Ud. arrepentido?...

Santa protestó ¡qué había de ser arrepentimiento! ella continuaba amando al torero, era él quien la repudiaba:

—Me ha corrido, Hipo, me ha corrido y por un tanto así, me mata... iba á matarme con su navaja...

El mutismo de Hipólito, cuyas rodillas repiqueteaban contra el lecho y cuyas manos convulsas se hincaron un segundo en las carnosidades del hombro en que posaban, recordaron á Santa la pasión del desdichado, la crueldad que con él cometía puntualizándole el sucedido; y como á la vez no la agradaba que también este

fanático suyo fuese á sospechar el porqué de la rabia del diestro, amainó velas, hábilmente se colocó en el papel de víctima, y por indirecta manera,—que el otro entendió en el acto,—lo incluyó en el número de sus victimarios posibles:

—¿Ve Ud. lo que se saca una con querer á uno de Uds.?... ¿tengo ó no tengo razón en desconfiar de todos?...—dijo, mas al decirlo, distraída ó mañosamente, cogió con una de sus manos las dos del pianista, para reforzar el argumento sin duda, é Hipólito, sofocado de dicha, levantó la alusión, inclinándose le contestó lo que sólo ella podía entender:

—Es muy distinto, Santita, le protesto á Ud. que es muy distinto...

¡Todo el poema de su cariño inmenso, igual al de todos los amores sin esperanza, contenido en estas frases indescifrables casi!

—Hipo, por tu madre ve á tocar, que se impacientan en la sala!—declaró Pepa, entrando de improviso en la pieza.

—Pues voy á contentarlos tocando hasta que san Juan baje el dedo. Y el que se bajó fué Hipólito, á buscar su palo que había rodado por la alfombra. Enderezóse al encontrarlo y se encaminó á la puerta ágil, sonriente. Desde la puerta agregó:

—Lo que es hoy, Pepa, les toco á Uds. el mismísimo *sertiminio* de Hernani ¡mi palabra de honor!

No obstante lo numeroso de la parroquia que aquella noche llenaba el establecimiento, el enterero mujeriego ardía en deseos de que las dejaran

pronto, á causa de la atracción que el baile de disfraces ejercía en sus pobres cuerpos de alquiler y en sus atrofiados cerebros deapestadas sociales.

Tales bailes les representan su reinado: unas cuantas horas de unas cuantas noches en cada año. Les representan su fiesta de ellas, de ellas que son el azote secular, la plaga sin antidoto, la tentación perenne, las lobas devoradoras que aullan de dolor y que aullan de placer, las lupas ultrices. Tales bailes reproducen las lupercales á Pan, el dios cornudo y de pezuñas de cabro, tañedor de la flauta pastoril y regulador de las danzas de ninfas, que donde aporta infunde los terrores "pánicos". Tales bailes representan la fiesta de ellas; donde únicamente imperan y conquistan y mandan; donde la policía no las acosa ni el hombre las escarnece. Saben los que concurren, que allí son ellas las reinas, de efímero reinado ¡conformes! pero reinado al fin en el que poseen, por cetro, la copa de alcohol enemigo; por manto, su propia semidesnudez provocativa, de que todo el mundo ha disfrutado; por corona, la aureola con que, lo mismo la suprema virtud que el vicio supremo, circunda las cabelleras que cayeron al filo despiadado de las tijeras de plata en las tonsuras claustrales, ó que cayendo irán al despiadado filo de las orgías; la aureola que encuadra los místicos semblantes de las infecundas vírgenes pálidas por la plegaria y el retiro, y los cínicos rostros anémicos de las infecundas hetairas marchitas por los acooplamientos y la blasfemia; por corte, á sus enamorados gratuitos,—los jóvenes que aún no tie-